CULPA

Nunca tuve la oportunidad de contarle a mi mujer sobre esa pesadilla recurrente. Mejor dicho, jamás tuve la valentía de charlarlo con ella.

En la pesadilla me veo de pie, en nuestra habitación, tratando de atisbarla en la amalgama de siluetas que se asoman en la oscuridad: Por allá veo la sombra de una camisa colgando, las curvas de un jarrón florido, la puerta abierta de un escaparate, y también las siluetas orondas de esos peluches a los que ella le gustaba tanto abrazar. De pronto un haz de luz blanquecino se cuela por el cristal de la ventana y se posa sobre su cuerpo, esparramado sobre la cama. Ella duerme. Su respiración oscila entre la paz y la calma y la del otro cuerpo a su lado, también; ambos inhalan y exhalan al mismo tiempo, como si fuesen un solo cuerpo y un solo corazón. Entonces contemplo el vaivén de sus pechos con cierta… envidia; como si no conociese la paz de un buen sueño. Así que agarro esa cuerda que cuelga sobre el barrote de la cama y que otrora usaba para amarrarle las muñecas cuando aún teníamos sexo, y después la envuelvo en su cuello para asfixiarla hasta la muerte. Luego escucho un gemido que evoca algún recuerdo muy lejano y placentero. Su garganta poco a poco se hincha, tornándose casi tan roja como las patitas que se ramifican en la parte blanca de sus ojos, suplicantes. Ella patalea, araña y me golpea la cara, pero yo sonrío mientras más aprieto. A su lado, de un tirón, el otro cuerpo emerge debajo de las sabanas y puedo ver que soy yo mismo, sonriente. ─ ¡Aprieta con más fuerza! ─ Me anima la copia, acostada sobre el colchón.

Entonces me despierto de la pesadilla.

Afuera está lloviendo. Las gotas repiquetean con un sonido ametrallador, estrellándose contra las tejas de la casa. «*Otra vez ese sueño*.» Piensa el hombre.

Cada noche, desde hace varios meses, tiene la misma pesadilla. A su lado descansa una mujer tan macilenta que apenas y puede llamársele mujer, pues luce más bien como un cadáver. Sin embargo, respira, respira muy fuerte, como el silbido de una cafetera chueca. ─¡Maldita sea! ─grita para sus adentros─, últimamente hasta su respiración me fastidia. Me enerva. ¿Cómo es que puede respirar tan fuerte? Es… es… es como si estuviese durmiendo

en un maldito bosque.

De un tirón arranca las sabanas de sus piernas y se levanta de la cama, bosteza, y abandona la habitación. El pasillo por el que camina es tan estrecho que va rozando con las yemas de sus dedos las paredes blancas. Algunas fotografías cuelgan en lo alto y se detiene a observarlas con cierto brillo de melancolía en sus pupilas: Juntos en la playa; besándose bajo la lluvia en una montaña; caminando de la mano sobre un extenso puente de madera; riendo mientras parten un pastel; sobando a un perro blanco que ya murió y, por ultimo; el retrató oval de un hombre muy feo, con joroba en la espalda y una espléndida sonrisa. ─¿Volverán alguna vez estos tiempos? ─Se pregunta, apesadumbrando ─siguió adelante mientras la luz de un relámpago fotografío el pasillo, destellando las sombras de los cuadros colgantes como escollos puntiagudos que reptaban hasta el umbral.

Erguido en el umbral del pasillo, el hombre se detiene y suspira. Adelante esta la puerta principal, a la izquierda está la cocina y a la derecha, el salón, cuyas paredes se encuentran atiborradas con cajas de películas VHS, la mayoría de terror. A *«Claudia nunca le gustaron estas películas. Pero igual solía vérselas por mi… cuando aún podía… cuando ella aun podía*». El hombre detiene sus pensamientos y vuelve a suspirar, camina un par de pasos adelante y aprieta con su palma el espaldar de un sillón verde, chueco y maloliente, que da vista a un televisor gigantesco al que juntos llamaron “hijo” por ser el primer aparato electrónico que compraron. Luego se gira hacia la cocina y se entristece al ver un montón de cajas de comida esparramadas por todo el mesón. «*Ya casi ni me acuerdo del sabor de las comidas que ella solía preparar*».

Afuera, en la calle, la lluvia seguía repiqueteando contra el asfalto, las ventanas, y las tejas de las casas. La radio que se asoma por encima de las cajas de comida está encendida. Una canción que habla mucho sobre sexo escapa del parlante y le recuerda viejas noches de placer. «*Hace años que no la mojo*. ¡*Dios, hace tanto tiempo que no la mojo*!». Él todavía era lo bastante joven como para que se le pusiese dura y su vida sexual ya había terminado. A veces se sentía culpable por excitarse con facilidad cada vez que veía una muchachita por la calle o algún pezón en alguna película que le recordaba los gemidos de su mujer cerca de su oído, suplicándole por más. Pero ahora tan solo debía contentarse con una caricia, un beso en la mejilla y si las manos temblorosas de ella se lo permitían, un leve apretón a su

pene, pero nada más. Vivía frustrado.

—Dame ese culo rico, mami. Tú ya sabes lo que quiero, y lo que quiero es ese culo rico en cuatro patas, mami. —decía la canción.

Entonces no pudo controlarse más y, desesperado, buscó por todos lados como calmar su lasciva y ya sugestionada conciencia. Giró su cabeza en todas las direcciones, buscando en las cajas de películas VHS que colgaban en la pared del salón alguna pierna, una nalga, un seno, una cabellera y hasta un tobillo le bastaba…pero solo encontró sangre y vísceras en todos los carteles, pues, sabía perfectamente que solo tenía películas de terror. —¡Maldita sea! —gritó, desesperado—. Ya iba a echarse a llorar cuando pateó, sin querer, una revista que estaba tirada en el suelo. Entonces se agachó y la tomó, era una revista de utensilios para el hogar. En su portada se encontraba una señora regordeta, de unos sesenta años, con sus cabellos ensortijados entre tubos rosados que le colgaban de la cabeza. Ella sostenía en su mano izquierda una cuchara de madera y la derecha descansaba sobre su cintura. Estaba vestida con un traje negro que le delineaba la figura de los senos, esparramados a lo largo de su estómago debido a la edad. «*Tiene una sonrisa linda, y también unos senos nada despreciables*». Se convenció, desesperado. Entonces sacó su pene, ya duro, y se masturbó mirando a la señora regordeta que le devolvía la sonrisa, complacida. Luego arrojó el semen sobre la cara de la señora y sonrió, eufórico. Sin embargo, a los pocos segundos observó la revista y sus manos manchadas de semen y se echó a llorar; no sabiendo si era la paja más triste que se había hecho en su vida o si su vida era lo suficientemente triste como para hacerse una paja como esa.

Al rato se levantó, limpió sus manos y sus lágrimas y regresó por el pasillo a ver como estaba su mujer. Cuando abrió la puerta de la habitación, el silbido de su respiración, igual al de una cafetera chueca, le provocó una mueca de disgusto como quien escucha el rechinar de unas uñas arañando un cristal. No obstante, se acercó hasta su cama, le besó en la frente y se fue a caminar bajo la lluvia.

El encontraba sumamente placentero el caminar bajo la lluvia. El agua le calmaba la mente durante esos días tan funestos que, desde que su esposa empeoró, sin duda no eran pocos. De la lluvia disfrutaba como chocaban las gotas contra su piel y sobre la arena, donde el impacto de las gotas dibujaba diminutos cráteres lunares. —Ya casi llego. —se dijo

─ Ya casi llego al malecón, allá quizá pueda rememorarla mejor… cuando aún caminaba y corría ─. Entonces corrió, emocionado. El agua chapoteaba bajo sus pies mientras la lluvia repiqueteaba contra su campera, como si estuviese pernoctando bajo una carpa. «*Una carpa… sí, el sonido de la lluvia cayendo contra mi campera se escucha como una carpa*. *Se escucha justo como esa noche en las montañas cuando nos tiramos unos buenos polvos, sí señor*. *Sí, señor*. *Fueron muy buenos*». Recordó, sonriente.

Una vez llegó al malecón, se sentó sobre una banca de piedra y granito, se quitó los zapatos y estrujó con los pies los guijarros del suelo. A su lado se escurría un largo tramo empedrado que se escurría hasta el otro lado del malecón, acompañado por un pasamanos de metal y otras bancas de piedra y granito; también una columna de árboles verdes, tiendas, restaurantes y una que otra escultura. Ante su mirada la superficie del rio magdalena ondeaba como una sábana gigantesca, mecida por la fuerza del viento, mientras la lluvia repiqueteaba los guijarros del suelo y en la lejanía resonaba la bocina de un barco carguero que fondeaba en el horizonte, rugiendo como las gárgaras de un titán. ─Este lugar no era así de bello cuando la conocí. ─Recordó.

Aquel día, años atrás, cuando en el malecón pugnaba el olor a pescado, aguas estancadas, y pedos envasados, no era precisamente el mejor lugar para sentarse bajo la lluvia. Sin embargo, aquel tramo empedrado y bello, otrora polvoriento y sórdido; siempre fue usado por corredores mañaneros y uno que otro pordiosero que simplemente disfrutaba estar ahí, haciendo nada, como si fuesen uno más de esa amalgama de olores pútridos que pululaban en la intemperie. El era uno de esos pordioseros. Le gustaba inventarle historias a esos objetos que veía sobre la superficie turbulenta del rio: muebles, zapatos, osos de peluche, incluso neveras se engullían y salían a la superficie como boyas en altamar. ─ ¡Allá va la silla partida de un niño desobediente! ─Señalaba─ ¡Allá va el sillón del amor de un par de ancianos olvidados! ¡Por allá va el cuerpo de la muñeca de una niña que, al haber entrado a la adolescencia, decidió que ya no le gustaban las muñecas! ¡Ah! ¡Por allá va el televisor de un joven que ahorró para comprarse uno más nuevo!

Sin lugar a dudas era un habito muy raro que inmediatamente remplazó cuando, sentado en la misma banca en donde ahora estruja los guijarros con los dedos de sus pies, vio correr a Claudia por primera vez: Ella llevaba en su frente una cinta azul que aplanaba

su cabello negro, húmedo y largo. «*Pero su cabeza ahora es un maldito erial, de esa cabellera ya no queda nada*». Pensó, estrujando los guijarros con los dedos de sus pies. Mientras la chica corría en su dirección, su piel trigueña y húmeda centellaba por la luz del sol; como bañada en oro. «*Pero ahora solo hay costras, piel seca, y un mal humor de los mil diablos*». Sus tetas rebotaban, al unísono, por cada paso que daba mientras el viento le ondeaba la cabellera. «*Pero ya no hay tetas, ya no hay piel, ya no hay culo, ya no hay voz, ya no hay amor, ya no hay mujer… solo el recuerdo*». Se dijo, mientras la lluvia ametrallaba el asfalto y el vestigio de una sombra femenina pasó corriendo ante sus ojos, bajo la lluvia.

La lluvia ametrallaba contra el asfalto ante su vista y sobre su campera, pero a sus oídos no llegaba el repiqueteo de las gotas; en su lugar, escuchaba el aleteo y el ulular de unas gaviotas lejanas, las risas de unos niños que no estaban ahí, bajo la lluvia; incluso sintió el calor del sol que se escondía detrás del cielo cinéreo que relampagueaba con estruendo. «*Aquí la esperaré cuando pase corriendo y la miraré fijamente a los ojos para hacerle saber que me interesa*». Pensó esa vez. Pero cuando la chica pasaba corriendo, ni siquiera le miraba. Ella corría por todo el tramo con la mirada fija en su norte, independiente, ignorándolos a todos y sumida en sus propias cavilaciones. ─¡Maldita mujer! ─maldecía, cada vez que pasaba corriendo mientras la cola de caballo que ondeaba en su espalda se movía de un lado para otro…, como diciéndole NO.

Sin embargo, él era todavía más testarudo que ella y un día la esperó, de pie y en mitad del tramo, para impedirle el trote. ─¡Hola! ─le dijo ─. Pero la chica simplemente lo bordeó, con la mirada fija en su norte, como si esquivara un árbol, un bote de basura u otro obstáculo en la mitad del camino.

Así que, derrotado, fue asentarse a la banca. Su orgullo se escurrió por sus mejillas, aunque fuese de esa clase de hombres que, pasase lo que pasase, no se permitía llorar. Pero lloró, más por la idealización que tenía sobre aquella mujer, como las historias que gustaba inventarle a los objetos que flotaban en el rio, que por esa indiferencia que le apuñaló el orgullo. Y precisamente fue su imaginación la que de súbito logró sacarlo del llanto, pues, al otro lado del tramo vio caminar a otra mujer: Era alta, rubia, de piel porcelana, ojos verdes, cintura perfecta y piernas largas que, al caminar, punteaban el suelo como un par de

palillos muy finos. Iba vestida de blanco con lentejuelas que centellaban como esas bolas luminosas de las discotecas. La mujer cantaba una tonada que se perdía entre el rumor del rio, las carcajadas de los niños y los pasos de los deportistas que por ahí corrían. Pero cuando estuvo lo suficientemente cerca para escuchar su voz, vio que se trataba de Judie London; una cantante de voz gruesa y sensual que le gustaba mucho. La mujer cantaba su hit más conocido: Cry me a river. El tenía el rio magdalena ante su vista y sus lágrimas no paraban de brotar… entonces se echó a reír por el absurdo de su vivida imaginación y gritó como una nena cuando la chica de la cintilla azul lo tomó sorpresa, halándole por el hombro. Ambos se echaron a reír y ella le indicó con su barbilla para que le acompañase a caminar.

—¿Y ahora que mierda le digo? —Pensó, mientras caminaba a su lado—. He esperado tanto este momento que no tengo la más mínima idea de que puedo hablarle… honestamente no esperaba llegar tan lejos.

Durante todo el tramo por el que solía correr la chica, ella no dijo ni una sola palabra y mantuvo la mirada fija en su norte. Todo en ella le invitaba a un silencio mágico que él no podía explicar. A su lado, el rumor del rio se apaciguaba, las risas se apagaban y el pitido de los autos lejanos se difuminaban… como si ella fuese dueña del silencio. Debido a esto, él se puso un tanto inquieto y observaba sus labios, sellados a cal y canto; como una concha que escondía una perla, su lengua. Así que, siendo un neófito en las cuestiones del amor, le habló del único tema que sabía: películas de terror.

Le habló de Carnival souls, Demoni, The brood, y unas cuantas más del genero slasher. La chica, al escucharlo hablar, solo arrugaba la nariz, entrecruzaba las cejas o movía su cabeza en zigzags negativos, pero no pronunciaba ni una sola palabra. La chica una que otra vez sonreía y se echaba a reír; pero no porque él fuera gracioso; no, no, no, la chica más bien parecía disfrutar en demasía por los fallidos intentos para el cortejo de ese hombre que su labia insulsa. Y el hombre, al darse cuenta de esto, calló.

El sol ya empezaba a engullirse en el horizonte y la chica seguía sin pronunciar una sola palabra. Algunos hombres tienen el talento natural para entablar conversaciones con el sexo opuesto y fluir por un mar interminable de palabras que salen de una boca a la otra, fusionándose con el ambiente y el juego de sonrisas y miradas que es la seducción. Otros

son simplemente inexpresivos, introvertidos, y con un don innato para transformar cualquier situación en algo incómodo. Él estaba en esta última categoría.

─Un chiste ─se dijo─. No hay nada mejor que un chiste, con esta sí que la pongo:

Un señor va por el campo con su mula y su perro. La mula, muy cargada, no puede más y se para, hincando las rodillas en tierra, a punto de desplomarse. El señor, cada vez más molesto e impaciente, comienza a azotar con una vara al pobre animal, hasta que la mula coge y le dice: —Manuel, ¿Así me tratas después de todos estos años en los que te he ayudado fielmente, sin flaquear ni una sola vez hasta hoy, que estoy ya cansada y mayor? —. El señor se asusta y sale corriendo con el perro a su lado. Se detienen casi medio kilómetro más lejos, apoyándose en un árbol mientras intentan recuperar el aliento. —¡A la verga! —dice el perro— menudo susto nos ha dado la mula cuando se ha puesto a hablar.

El chiste era malísimo, pero funcionó. La chica carcajeo hasta que le saltaron las lágrimas y, cuando recuperó el aliento; le dijo con señas que se llamaba Claudia. Ella era muda, dueña del silencio. El hombre sonrió y empezó también a amar el silencio. Pero ahora sentado sobre esa banca de piedra y granito, bajo la lluvia, rememorando un cuerpo jovial que corría ante su mirada resultaba más cálido que ese cadáver que ahora le acompañaba cada noche en la cama.

La lluvia seguía repiqueteando contra su campera y el asfalto de las calles cuando regresó a la casa. ─¡Otra vez escucharé es maldito pitido de cafetera! ¡Dios mío! ¿Cuándo, cuando es que podré descansar? ─. Adentro de la casa arrojó la campera y sus pantalones contra un recodo. Después caminó desnudo por el pasillo y abrió la puerta de la habitación. ¡FIIIIII! ¡FIIII! ¡FIIII! resoplaba la nariz de su mujer, Claudia, acostada sobre la cama. Con la cautela de un gato entró a la habitación, temiendo despertarla, pues, no estaba de ánimos para el ritual de cuidados: Colocar sus brazos sobre su cuello, desnudarla, cargarla, sentarla sobre el retrete, esperar que cague, con sus propias manos limpiarle la mierda como a un bebé, meterla en la bañera y darle baños de esponja para después volverla a meter en la cama, y, por último, susurrarle unas palabras tan vacías, otrora significativas: «Eres lo mejor que me ha pasado en la vida». Entonces se encontraría con esos ojos que lo miran en silencio, desprolijos de toda conciencia de vida, pero sabiendo que no era esa la vida que ambos planearon: Que del matrimonio solo quedaba el compromiso y la complicidad de ser

una carga invisible en los hombros del otro; la complicidad de años que llegaron y se fueron como las temporadas lluviosas, inmutables. «*Algunas personas no saben lo que dicen cuando en el altar aseguran*: *En la salud y en la enfermedad*». Pensó, viendo a su mujer recostada en la cama, al otro lado de la habitación «¡*No, no lo saben, y mucho menos se encuentran preparadas para esa afirmación! Hablan de amor con tanta facilidad, pero no saben que a veces se disfraza de lastima, compromiso, y una ingenua lealtad. ¿O acaso son estos tres últimos disfrazados de amor*? ¿*Quién sabe*? *Lo que sí sé… es que en los malos momentos es difícil recordar los buenos, cuando la rutina no es nada más que unas tristes ceremonias a las que intento infundirles vida*. *Recuerdas lo que quieres olvidar y olvidas lo que quieres recordar*». Cansado, tomó del armario una camisa rosada y una sudadera verde, se vistió y salió de la habitación. Ya se encontraba en la cocina cuando escuchó el tintineo de la campanilla que lo llamaba, al fondo del pasillo. Regresó sus pasos y un relámpago centelló e iluminó la sonrisa del hombre con joroba del retrato oval que colgaba en la pared.

De vuelta a la habitación encontró a Claudia con la espalda apoyada contra la cabecera de la cama, observándolo en silencio. Él se acercó a la mesa de noche y tomó de una charola plateada una manzana que cortó en pedacitos. Luego se la dio de comer junto a un vaso de agua y varias pastillas de tetrabenazina; para frenar un poco sus movimientos involuntarios. Fue un proceso lento. Su mandíbula al masticar parecía desencajarse, como la de los burros comiendo pasto. Claudia, al terminar de mascar toda la manzana, apoyó la cabeza calva sobre su pecho y el sintió cómo sus lágrimas le empaparon la camisa rosada que se había puesto hacia tan solo un momento. Entonces le abrazó y le susurró al oído: «Eres lo mejor que me ha pasado en la vida».

Al abandonar la habitación, deslizó su espalda contra la puerta y se quedó sentado ahí, en el suelo, en la oscuridad, mientras los fogonazos de los relámpagos fotografiaban el pasillo y, a su vez, ahogaban con su estruendo el gimoteo de su llanto. Entonces alzó la vista hacia la sonrisa de ese retrato oval del hombre jorobado que colgaba en la pared. Su sonrisa aparecía y desaparecía, por cada fogonazo de relámpago; como si se estuviese riendo de él. Entonces él también se echó a reír y tomó el retrato de la pared, preguntándose: ─¿Hace cuánto no nos vemos, señor Luis?

La primera vez que vieron al señor Luis; Claudia, su mujer, aún se encontraba relativamente bien y sus espasmos no eran tan violentos. Ella tenía la cabeza apoyada sobre su hombro mientras esperaban en la sala del hospital por las pastillas de tetrabenazina para reducir los espasmos y movimientos involuntarios. Su rostro ya empezaba a hacer muecas raras y, esas veces en las que aún culeaban, cuando Claudia estaba a punto de correrse, su cara de éxtasis resultaba tan chistosa que le era imposible no reírse de ella. Algunas veces se sentía culpable por esto, pero en otras simplemente era algo habitual que no podía controlar; así como ella no podía controlar sus espasmos.

—Salir contigo a la calle, es como salir con alguien que nunca para de bailar. Eres mi bailarina. Mi hermosa bailarina —. Le decía, cada vez que estaban en la calle y ella se agachaba, daba un manotazo, giraba la cabeza, agachaba los hombros o cualquier otro de sus espasmos.

La sala de espera estaba repleta. Frente a ellos se hallaba una señora regordeta con un vestido de botones amarillos que le llegaba hasta los tobillos y que los miraba, con cierto brillo de envidia en sus pupilas, por encima de las hojas del periódico que simulaba leer; cada vez que ambos se daban un beso. Al lado de la señora regordeta estaba un joven de unos veinte años que jugueteaba con un yoyo mientras tarareaba una canción desconocida; los espasmos de su brazo le impedían maniobrar con precisión el yoyo y le hacían lucir más como un hábil titiritero. Arriba de sus cabezas, pegados a la pared donde la señora y el titiritero recostaban sus espaldas, estaban varios panfletos acerca de la enfermedad de Huntington cuyos contenidos se explayaban en los síntomas físicos y la degeneración cognitiva de la enfermedad. Junto a esos panfletos estaban pegados otros dos panfletos más, acerca del carnaval que en ese momento se celebraba. En los panfletos del carnaval aparecían dos negros con máscaras y trajes coloridos, bailando desaforada y descontroladamente, al tiempo que sacudían unas maracas de madera. El hombre sonrió, mirando los panfletos. —Poner un panfleto así, precisamente en este lugar, tiene que ser una broma de muy mal gusto —pensó— ¿Pero entonces por qué me causa tanta gracia?

A la izquierda del hombre, una hilera de bancas se extendía hasta el otro lado de la sala, como en las iglesias. Todas las bancas, exceptuando en la que ambos se hallaban sentados, daban vista hacia la doble puerta principal de la sala. A unos tantos metros junto a

la puerta, estaba el mostrador de la recepción donde varias enfermeras, todas mayores y con sus rostros impávidos; gritaban: ─¡Paciente cuatro! ¡Paciente cuatro y cinco! ¡Paciente cuatro y cinco, que no escuchan nojoda!

Entonces los enfermos se levantaban de sus bancas, cansados, desganados, sin vida, caminado hacia la garita como una parranda de bailarines histriónicos en busca de un fugaz alivio para sus vidas espasmódicas. De repente la doble puerta chirrió sus goznes y un hombre apareció en el umbral. Llevaba puesta una chaqueta roja y agujereada. Bajo la chaqueta tenía una camisa de los Rolling Stones en la que se veían varios caballos galopando junto a unas letras que rezaban: Wild horses. Tenía unos jeans azules, unos zapatos negros, y una joroba en su espalda que lo hacía caminar casi arrastrándose. Era feo, tenía muchas espinillas, y un lunar rojo en la mitad de su cara, además de un cabello crespo, tan ralo como sórdido. Sin embargo, tenía una sonrisa esplendida; como solo la tienen esas personas que ven al mundo como su patio de juegos. Al caminar, le tambaleaba el hombro izquierdo, la pierna derecha, y también esa joroba que se estremecía como un bubón a punto de explotar.

─Que lastima me da ese pobre infeliz ─pensó el hombre─. El jorobado los vio y se acercó, tambaleando.

─¿Eres tú, el que toca las maracas? ─preguntó el jorobado.

─¿Cómo dice? ─c ontestó el hombre.

─¿Qué si eres tú el que toca las maracas?

─Perdóneme, pero no entiendo de lo que me está hablando.

─No los había visto antes aquí. Y si están aquí es porque están buscando las pastillas para los espasmos y, alguno de los dos debe tener la enfermedad… así que el otro, por ende, debe ser el que toca las maracas.

El hombre demoró varios segundos en contestar y miró hacia la pared, frente suyo, donde se hallaban pegados los panfletos de los hombres negros que bailaban desaforados. ─¿Así se refiere usted a esta enfermedad. ─preguntó─ ¿Cómo un simple baile? ¿No le parece inapropiado?

─¡Ha! ─exclamó el jorobado─. No seamos hipócritas. Inapropiado sería no reconocer que es así como nos ven todas las personas.

─¿Fue usted el que pegó ese panfleto del carnaval, cerca de los panfletos de la enfermedad? ─señaló el hombre la pared.

─No, no fui yo. ─Contestó el jorobado─. Pero tampoco me he molestado en quitarlos. Resulta bastante divertido, ¿Verdad?

─Supongo que sí, yo…yo…

─No lo suponga, sabe que es así. Somos bailarines. Usted tiene a una bailarina y le toca seguirle el ritmo con sus maracas, ósea, con su vida.

El hombre guardó silencio, incomodo, mientras se acomodaba sobre la silla y su esposa, Claudia, escuchaba con atención la conversación de ambos al tiempo que sonreía, complacida.

─¿Cómo se llama usted? ─preguntó el hombre-

─ e llamo Luis, Luis Agamez ─dijo el jorobado, al tiempo que ofrecía su mano.

Su mano estaba cálida y llena de cayos, como las de un obrero o alguien muy anciano.

─¿Y usted, como se llama usted? ─inquirió Luis.

─Samuel, Samuel Campos Olivera.

─Bueno… Samuel, como verá, los turnos en este hospital son una mierda y es bastante el tiempo que se espera aquí. Como le dije antes, no los había visto jamás y créame que frecuento mucho este lugar, así lo deteste. No los conozco y me interesan. ¿Le importaría si me siento con ustedes a charlar un rato?

─Para nada, siéntese, mire, esta es mi esposa Claudia.

Claudia despegó su mejilla del hombro de Samuel y estiró su mano para presentarse. Cuando ambas manos se unieron, los espasmos de ambos atacaron como una gélida ventisca que tremoló sus brazos. Entonces se echaron a reír.

─¡Ah! ─exclamó Luis─. Esta bailarina es muy excéntrica, muy excéntrica. Y

silenciosa por lo que veo.

─Es muda ─dijo Samuel─. Pero la conozco lo suficiente como para saber que le agradas.

Claudia asintió.

─Bueno… ─dijo Luis─. No hace falta que hable como para saber que, con una sola visita, odia este lugar, ¿Verdad, corazón?

Claudia volvió a asentir.

─¿Por qué lo dice? ─preguntó Samuel.

Inmediatamente Luis se echó a reír y Claudia; también. Samuel no entendía la gracia que había causado su pregunta y se sonrojó, más por ignorancia que por vergüenza.

─¿Qué tiene de gracioso mi pregunta?

─¡Uhuuum! ¡Uhuuum! ─Carraspeó Luis─. Resulta chistoso que no lo sepa, teniendo en cuenta que tiene usted de esposa a una bailarina muy hermosa. Pero no se sienta mal, es normal que la gente con una vida normal no pueda ver las anormalidades de vidas anómalas.

─No le entiendo.

Claudia suspiró.

─Ella odia este lugar porque a ningún enfermo y muchos menos a los terminales y degenerativos como nosotros les gusta estar en un hospital, por mucha ayuda que se nos bride dentro de ellos. Me explico: Todos los que nacemos con padecimientos terminales, degenerativos o desperfectos físicos; tenemos por ende la marca de la lastima. Y adentro de los hospitales abunda tanto como los tanques de oxígeno. Ustedes, la gente normal, son los que resaltan la marca de la lastima; no nosotros. Usted no lo hace con su esposa porque la ama, y mire que ni siquiera es capaz de entender su sentir, pero si lo hace con otros. Por ponerle un ejemplo, le preguntó, ¿Qué fue lo primero que pensó de mí, al verme allá en la puerta cuando entré?

─Le vi su camisa, me gustan mucho los Rolling Stones y, sobre todo, me gusta mucho

esa canción: Wild Horses; es de las mejores canciones que se han escrito jamás.

─ Convengo en que Wild Horses es de las mejores canciones que se han escrito jamás ─dijo Luis ─, pero, no sea modesto, dígame de verdad lo primero que pensó.

Samuel guardó silencio y se sonrojó, esta vez por vergüenza.

─Pobre bastardo ─dijo Samuel.

─¡Ah! ─exclamó Luis─. Conozco esa expresión como los cayos de mis manos. Pero… vea usted, no se avergüence de haber pensado eso, Samuel, es algo completamente normal y no me lo tomo a pecho. Es la marca hablando por usted, no es usted, aunque…bueno… si es un poco usted, pero no se avergüence de ello, se lo aseguro.

Claudia asintió y le dio un beso en la mejilla, después, un abrazo.

─Es casi como si fuésemos bichos raros. ─prosiguió Luis─. Le puedo asegurar que la lastima no tiene nada de humano, no nos ven como humanos, con sentimientos, problemas e inquietudes; solo alguien que hay que tenerle lastima. Y créame, Samuel, no hace falta escuchar "pobre bastardo" para saber que, en los ojos de todos, cuando voy caminando por la calle, es lo primero que se les pasa por la cabeza.

Claudia apretó su mano y volvió a recostar su cabeza sobre el hombro de Samuel. «*Me va a partir los dedos*». Pensó.

La charla con el señor Luis resultó tan amena que el tiempo de espera por las pastillas pasó tan rápido como un parpadeo. Fue durante esos minutos, cuando los tres se quedaron en silencio y la sala ya estaba casi vacía, que Samuel escuchó el vitoreo de las comparsas, las risas, las botellas estrellándose contra el asfalto y las gaitas y las tamboras del carnaval que retumbaban afuera del hospital; pregonando alegría y felicidad. No obstante, adentro del hospital, los rostros de las enfermeras distaban de estar alegres y ninguna parecía siquiera querer estar ahí, con todos esos zombies que emanaban una melancolía tan densa que, a veces, dentro de la sala de espera; resultaba palpable: Sobre una banca, una chica de cabello cobrizo sollozaba sin parar, al tiempo que le tambaleaban los hombros con tanta violencia que nadie podía discernir si era la enfermedad o el llanto lo que la sacudía. Una pareja discutía acerca del proceder en la vida de su único hijo, recién diagnosticado con la

marca de la lastima. Cerca del mostrador, un hombre corpulento sollozaba y se culpaba, maldiciéndose por haber marcado a su hija con la enfermedad. ─¿Por qué, por qué, por qué? ─se preguntaba y sollozaba aquel hombre en el mostrador─. ¿Por qué la traje al mundo y le di este regalo, este maldito regalo?

Entonces Samuel no pudo evitar sentirse abrumado, desasosegado y hasta desesperanzado. Hasta ese momento no comprendía, en demasía, a lo que se había entregado ni mucho menos entendía el significado de la palabra "compromiso", pues, en ese entonces, asegurar que la amaba le parecía tan fácil como respirar. «*¿Estoy yo preparado para esto?*». Se preguntó. «*¿Sentiré por siempre este amor, incluso cuando no pueda siquiera culearme a mi propia esposa*? *Dios… ¿Qué he hecho*?».

─¡Claudia Gonzales! ¡Claudia Gonzales! ¡Turno 89! ─gritó la enfermera, sacando a Samuel de sus cavilaciones.

Blanco como la leche era el pasillo por el que caminan los tres en aras de abandonar el hospital. Samuel cargaba en su mano derecha la bolsa de medicamentos mientras que, con la izquierda, rodeaba la cintura de Claudia. Luis venía un poco más atrás, esforzándose por seguirles el paso. ─No detengan su andar por mí, los alcanzare. ─les había dicho cuando se disponían a irse.

En lo alto del pasillo, una columna de lámparas se extendía por toda la garganta hasta estrellarse con la doble puerta del final, custodiada por un guarda corpulento que, sentado sobre una silla de madera; leía el periódico. En mitad de la garganta, Samuel cruzó miradas con una enfermera que venía en dirección contraria y vio que tenía los ojos grises, tan desprolijos de vida como cualquiera de los enfermos de la sala que habían dejado atrás. «*Esa está hasta más enferma que los mismos enfermos*». Pensó. Una vez estuvieron ante la puerta, el guardia corpulento corrió el cerrojo, abrió la puerta y la luz de afuera los cegó. Ya estaba por oscurecer y en la calle frente a ellos reinaba el alcohol y la algarabía.

─Menuda fiesta ─dijo Luis.

─¿Puedo hacerle una pregunta, Luis? ─inquirió Samuel.

─Dígala.

─Como ya bien debes saber, todos acá vienen siempre con un acompañante. Después de cierto punto de la enfermedad es muy difícil atender todas estas citas solo. Debe ser toda una odisea para ti, Luis, venir acá sin ningún acompañante. ¿Es que acaso no tiene usted a ninguno?

Luis guardó un momento de silencio con la vista clavada al otro lado de la calle en donde unas muchachas voluptuosas bailaban al son de un acordeonista y unas tamboras y junto a unos hombres que, tan alcoholizados como acalorados, las veían bailar con tanto deseo que en sus pupilas refulgían las tetas y las nalgas.

─Un par de calles más adelante hay un bar que me gusta mucho ─dijo Luis, con tono frívolo ─¿Les gustaría tomarnos unas cuantas cervezas y seguir con nuestra tertulia?

El bar no se encontraba tan lejos para el tiempo que les tomó llegar, pues, las calles estaban atestadas de gente alcoholizada, bailarines, comparsas, disfraces de gorilas, monocucos, marimondas y faldas de cumbia. Hombros sudorosos los rozaron en dirección contraria y la maicena, junto al alcohol y el agua, caía como lluvia sobre las cabezas que atestaban las calles y la acera, tan desaforadas como alegres. Durante el trayecto hacia el bar, Luis guío el camino y su andar jocoso, parecido al de un babuino, lograba camuflarle y pasar inadvertido dentro de la algarabía del carnaval que pugnaba alegría e inclusión durante esos cuatro días al año en los que no existía la marca de la lastima, solo ventura.

La entrada del bar era un túnel muy oscuro, hecho de palma verde y amarilla cuya boca, al otro lado del túnel, dejaba ver un par de mesas y unas cuantas personas que caminaban de aquí para allá. Una vez atravesaron la garganta de palma, apareció una plazoleta circular que estaba atestada de gente, sillas y mesas. En el centro de todas las mesas se erguían los bastones de unos paraguas coloridos, todos abiertos, y, un poco más al fondo, detrás de un delgado y extenso cristal, una banda de tamboras y gaitas estaba siendo vitoreada por personas desaforadas que bailaban y bebían, alcoholizadas. ─Esta mesa estará bien. ─señaló Luis una mesa vacía ─.

Una vez se sentaron en derredor a la mesa, una mesera de tetas gigantes colocó tres cervezas grandes que, por el impacto del fondo de la botella contra la madera, chorreó de espuma la cara de Luis. ─No pasa nada mujer ─le dijo─. Es lo más cercano al sexo que he

tenido en por lo menos quince años ─. La mesera se echó a reír y se fue. Claudia le dio un beso en la mejilla a Samuel y se alejó, tambaleante, hacía la banda de tamboras y gaitas que tocaba tras el cristal, al fondo del bar.

─Nadie notará sus espasmos allá adentro ─dijo Luis─. Seguro la confunden y creen que está bailando bien.

Ambos se echaron a reír.

Y si lo notan ─añadió Samuel ─, seguramente no les importé; después de todo es carnaval.

─Sí, es carnaval. ─dijo Luis.

La música adentro del bar se escuchaba alta, muy alta, y Claudia había desaparecido adentro de esa barahúnda de brazos y piernas que se agitaban tras el cristal. Samuel y Luis, ya habían bebido unas cuantas cervezas mientras charlaron un rato sobre una que otra nimiedad. Cosas sin importancia.

─Hace un momento, antes de venir al bar, me preguntaste por qué es que no tengo acompañante si el mal de Huntington ya me tiene casi al borde del abismo.

─Solo era curiosidad, Luis, créame que no hace falta que conteste.

─No hace falta. Eso es cierto. Pero quiero contestar, y dudo mucho que tengamos a alguien en común como para que usted cuente mis secretos. Además─ hizo una pausa para beber un sorbo de cerveza ─, no creo que ustedes tengan amistades, si acaso tienen alguna ¿Me equivoco?

─No se equivoca. Es muy difícil hacer amistades cuando se está casado. Y más cuando ven como es Claudia, siempre tienden a mirarla de manera indecorosa y eso…

─Le molesta ─terminó Luis─. Lo entiendo. Ya uno no sabe si las pocas amistades son por la marca de la lastima o por genuino interés, así que es mejor estar solo. ─bebió otro sorbo de cerveza─. Bueno… como ve, Samuel, usted es un cajón de secretos para mí. Entonces no veo por qué no contestarle a su pregunta. ¿Le gustaría escuchar?

─Me encantaría.

Hubo un prolongado silencio, al menos en los labios de ambos, pues, las tamboras, las gaitas y el estruendo que escapaba de los parlantes adentro del bar seguían su ritmo. La música se escuchaba tan alta que cada vez que ponían otra cerveza sobre la mesa; estas vibraban como si tuviesen vida propia. Y cuando terminaban de beber una cerveza, inmediatamente ponían la otra, como si los quisieran emborrachar. «*Que excelente, excelente servicio*». Pensaba Samuel, Cada vez que la mesera de tetas grandes traía la cerveza y la veía alejarse entre la muchedumbre, contoneando sus caderas en un sensual vaivén.

—¿Alguna vez lo ha carcomido a usted la culpa, Samuel?

—¿La culpa?

—Sí, la culpa. Y no hablo de ese fugaz remordimiento cuando decimos alguna grosería que no debimos decir, o cuando decimos una que otra mentira piadosa, o cuando se negó a darle la calderilla del bolsillo a la empaquetadora del supermercado; no, no, no: Hablo de la verdadera culpa, uno de esos sucesos que lo dejan marcado de por vida. Tanto es así, que le quita el sueño durante la noche y la atención durante el día. ¿Le ha pasado?

Samuel bebió varios tragos de cerveza mientras cavilaba una respuesta. Sí, era cierto que no se consideraba la mejor persona del mundo. Solía burlarse de los testigos de jehová que tocaban a la puerta de su casa los domingos, una que otra vez se robaba un chocolate del supermercado y no lo pagaba, también le gustaba rosearse con la fragancia de los perfumes sin pagarlos y, alguna vez, recordó que también solía escupir las cabezas de los viandantes desde el balcón de su casa y luego se escondía. Si bien ya se consideraba lo suficientemente maduro como para no cometer ninguna de las estupideces anterior mencionadas; nunca consideró que fuese una mala persona o que dichas acciones le quitaran el sueño por la noche y la atención durante el día. —No, señor Luis. —dijo— Ahora mismo no siento nada que me haga sentirme como usted lo afirma.

—Me alegro por usted. —dijo Luis, sonriente—. Honestamente no le deseo ese mal. Pero es usted el esposo de una bailarina, y tarde o temprano ese sentimiento lo embargará, se lo aseguro. Pero no me haga caso por eso ahora. Trataré de no explayarme mucho.

«Verá, Samuel, mi familia siempre renegó de mí y sí, lo hacían debido a mi marca de

la lastima y con esto que ahora le contaré, teniendo en cuenta que ya me renegaban debido a mi físico, no les bastaron razones para dejarme solo y abandonarme. ─bebió un sorbo de cerveza─. Tuve una vez un hermano. Lo amé con todo mi corazón. Cuando digo que lo amé con todo mi corazón es porqué lo amé con todo mi corazón. ¿Me entiende? ─hizo una pausa para beber otro sorbo de cerveza─. Habría dado mi vida por ese pequeño sin dudarlo una centésima de segundo. Aunque… llamarle pequeño es solo un cariño, pues, el muy bastardo me sacaba como un metro de alto, cualquier me saca un metro de alto pero mi hermano ya de adolescente era más alto que cualquiera. Se llamaba Víctor, Víctor Agamez y era todo lo que mi padre y mi abuelo desearon alguna vez conmigo, antes de que naciese por supuesto.

«Alto. Apuesto. Fornido. Carismático. Bien dotado y un rostro tan varonil que parecía tallado por el mismo Miguel Ángel. Vamos, que éramos polos opuestos; a él lo amaban y a mí me odiaban; a él lo deseaban y a mí me escupían; a él lo respetaban y de mí se burlaban; a él lo invitaban y a mí ni me miraban. No obstante, con todo eso que he dicho, el muy bastardo prefería pasar el tiempo, por encima de todo, conmigo; el jorobado y feo de su hermano. Su corazón era su mejor rasgo y eso nadie más que yo lo veía.

«A mi familia por supuesto no le gustaba que pasase más tiempo conmigo que con el resto de la gente del barrio que tanto lo llamaba. No comprendían por qué es que prefería la compañía de un jorobado Igor a las muchachitas y gente del barrio. Todos falsos. Todos pretenciosos. Todos burlescos. Todos interesados. Víctor sabía eso». ─¿Conoce usted Malambo, Samuel?

─Solo de nombre. Nunca he estado ahí. ─contestó Samuel, después de un trago.

─ Bueno… vivíamos ahí. ─prosiguió Luis, después de un sorbo─. Cuando me aparecieron los primeros espasmos la gente empezó a llamarme en lugar de jorobado; “El manía”. ─carcajeó Luis─. Vivíamos casi a las afueras, cerca de las fincas y el monte. Éramos la última casa urbanizada, de resto todo eran fincas y latifundios de papa, yuca, ají, etc.

«En la lejanía, adentro de esos latifundios, había unos árboles de mango que solíamos escalar y recoger sus frutos para después regresar a casa con las mochilas repletas.

Generalmente solía escalar esos árboles en completa soledad porque mi padre no permitía que Víctor se alejase de la parte urbanizada y mucho menos con mi compañía. Sin embargo, una que otra vez Víctor lograba escabullirse y me acompañaba.

«Víctor murió una mañana de abril cuando sentados sobre las ramas de un árbol que en su cúspide enmarañaba sus ramas contra las de otro árbol; yo le pedí que sostuviera mi mochila repleta de mangos que, sumado a la joroba de mi espalda, ya empezaba a pesarme y cansarme. Víctor también tenía su mochila repleta de mangos, mucho más pesada que la mía y, sin embargo, le pedí que sostuviese más peso ya que siempre lo consideré un joven muy fuerte. Víctor estiró su brazo para recibirme la mochila y la rama en la que se hallaba sentado se quebró por el peso de su cuerpo y las dos mochilas. Estábamos a por lo menos unos veinte metros de altura. El impacto de su cabeza contra una roca sonó como un coco al romperse, y, de hecho, aún no puedo evitar alterarme cada vez que escucho el estrujar del empaque de alguna fritura o, el impacto de algo que se rompe sin que me salten las lágrimas.

«No recuerdo cuando tiempo fue que me quedé allá arriba, sentado sobre la rama, viendo el cadáver de mi hermano. Tengo el vago recuerdo de unas personas que gritaban y lloraban junto al cadáver y otras que me insultaban y me amenazaban. Me dijeron que fueron varios días, no lo sé, no lo recuerdo. Pero si recuerdo que una vez regresé a la casa, mis padres ni siquiera me abrieron la puerta; me botaron como a un perro. Para toda catástrofe siempre debe haber algún culpable y, tan solo esa vez, a pesar del millar de señalamientos con los que vivía a diario un feo jorobado como yo…, convine en que debía ser señalado por la muerte de mi hermano: Culpable. Culpable. Culpable. Culpable. Culpable ─repitió Luis ─».

Varios petardos explotaron en lo alto de la cúpula nocturna y tiñeron la plazoleta circular de un toque ambarino que refulgió en los cristales de las copas que descansaban sobre las mesas como espejos golpeados por la luz del sol. Cada estallido evocaba una sonrisa y una mirada llena de esperanza hacia los cielos, pero, en la de Luis, solo había melancolía. ¡Crack! ¡Crack! ¡Crack! ¡Crack! Crepitaban los fuegos pirotécnicos. Detrás del vidrio, al fondo del bar, la algarabía de gritos y bailes se intensificó desde el momento en que crepitó el primero fuego en el cielo. Todos gritaban. Todos reían. Todos celebraban.

Pero el semblante de Luis era como una roca solitaria sobre la ladera de un páramo. De un momento a otro le saltaron las lágrimas y bebió de un trago su cerveza. «*Necesita algo más fuerte*». Pensó Samuel, al tiempo que llamaba a la mesera de tetas grandes.

─Tome, bébase esto señor Luis. ─dijo Samuel, acercándole un trago de tequila─. Esta bebida regresa las penas de vuelta a donde pertenecen, al corazón y al estómago.

Luis bebió de un solo sorbete el tequila e inmediatamente pidió otro trago.

─Lamento mucho lo que le ha pasado a su hermano ─dijo Samuel─. Pero no puede culparse por algo que claramente se sale de sus manos. Y con lo siguiente no quiero escucharme como un hijo de puta, señor Luis, pero… existen siempre muchas variables en las tragedias: ¿Si me hubiera levantado temprano? ¿Si tan solo me hubiera demorado un par de minutos más? ¿Si le hubiese dicho que tomara x o y calle? ¿Si es que no hubiera hecho esto, o aquello? Y en su caso, si tan solo no le hubiese pedido que me sostuviera el saco de mangos, ¿Verdad? Todo eso es solo la palabrería de la conciencia que siempre busca un culpable, pero, solo fue casualidad, señor Luis. Una horrenda casualidad.

─¿Puedo beber de su vaso de tequila, Samuel? ─preguntó Luis.

─Claro. Bébalo. Lo necesita más que yo.

Luis bebió de un sorbo el vaso de tequila y se limpió con el dorso de su mano las comisuras de los labios. Eructo y sonrió. ─Sí, sí, sí, muy bonitas sus palabras, Samuel ─dijo, haciendo un ademan como quien espanta una mosca─. Pero sus palabras son las de alguien que no carga con el peso de la culpa en sus espaldas. Cuando pasan esos "accidentes" como el que le ocurrió a mi hermano; no puede uno evitar sentir así, culpable, para todo el resto de la vida. Creo que las casualidades siempre son en realidad causalidades. Usted y cualquier otra persona podrá tratar de consolarme con sus bonitas palabras que provienen desde la empatía, ¿Cómo podría yo saber que el peso del saco lo mandaría contra el vació, verdad? Pero, ¿Cree usted que alguien culpable ya no se ha dicho ese mismo discurso, que no es su culpa? ─ hizo una pausa para beber otro sorbo de tequila y prosiguió─. Sí, es cierto, puede uno consolarse con la casualidad, pero… si lo piensa bien, fueron mis actos lo que lo llevaron a estrellar su cabeza contra la piedra. Mi mochila, mi pereza, mi cansancio, mi responsabilidad con el peso, incluso la reticencia de mis padres

para que no me acompañase y que yo siempre permití…, fueron hechos causales que pudieron salvarle la vida. Y ahí está la paradoja de la culpa: Sin usted ser directamente culpable, sigue siendo culpable. Debe uno vivir con eso. Y por lo que veo, pronto también le pasará a usted, Samuel, pronto cargará con un peso tan pesado como el mío.

—¿Por qué lo dice?

—Porque llegará un punto con su mujer en donde no sabe si la amara, la odiará, o sentirá asco por ella, pero sin lugar a dudas lo moverá la lastima. Y cuando uno siente lastima por algo a lo que alguna vez amó; lo único que queda es la catástrofe. Cuando llegue ese momento, no sea un imbécil, y recuerde su compromiso.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Que veo a un hombre con la mirada llena de terror porque sabe perfectamente lo que quiere y lo que se le viene, pero no está preparado para ello. Nunca se está, Samuel. Recuérdelo.

Luis se levantó de la mesa tambaleante, tomó la mano de Samuel y le llevó hacia esa banda de tamboras que aun tocaba detrás del cristal, al fondo del bar. Adentro encontraron a Claudia bailando en un rincón junto a unas mujeres que imitaban sus espasmos estrambóticos al son de las tamboras y los acordeones. Todas reían y se animaban entre ellas. Claudia incluso parecía normal cerca de toda esa gente que se animaba, bailaba, reía y tremolaba como cascabeles los hombros y las caderas. Luis se acercó, con su andar de babuino y también bailó. «*El mundo debería ser un carnaval interminable*». Pensó Samuel, antes de unirse a la algarabía del baile.

La luz de un relámpago iluminó el pasillo y la sombra de Samuel se extendió hasta el umbral. Otro relámpago iluminó el rostro del retrato oval que sostenía entre sus manos, luego la oscuridad y otro relámpago. Se levantó del suelo y colocó el retrato en su lugar y se lo quedo mirando por varios segundos mientras los fogonazos de los relámpagos hacían aparecer y desaparecer la sonrisa esplendida del jorobado que le regresaba la mirada, orgulloso. Samuel sonrió y se fue hacia la cocina, recordando las divertidas conversaciones con aquel jorobado.

En la cocina se acercó al recodo en donde había dejado la ropa mojada, la tomó y la

arrojó sobre la lavadora de la cocina. Luego tomó del suelo la revista con la que se había masturbado y vio a la señora regordeta que le sonreía con toda la cara manchada de semen como si le insinuase otra sesión. ─No. No. Ya no estoy tan desesperado. Fue solo una aventura de unos cuantos segundos, mi señora. ─le dijo, antes de arrojarle al bote de basura ─. Luego preparó café y lo bebió en calma mientras veía hacia el otro lado de la sala en donde colgaban las cajas de películas VHS, preguntándose cuál de todas esas volvería a ver esta vez. Cuando terminó la taza de café la arrojó en el fregadero y se fue a sentar al sillón, frente al Televisor, y Bastaron solo unos cuantos segundos para que su calma se viese interrumpida. ¡Pin! Retumbó al fondo del pasillo. De súbito sus ojos se abrieron como platos y maldijo para sus adentros todo lo que se pudiese maldecir. ─No. No. No. No. No. No otra vez. ¿Ahora qué? ¿Se cagó? ¿Se orinó? ¿Vomitó? ¿Debo voltearla solo para que se tire un pedo? ─. ¡Pin! ─No. No. No quiero ir. Por favor. No quiero ir. Que se detenga. Que se detenga por favor. Que no sea nada y no lo vuelva a tocar ─. ¡Pin! Desganado se levantó del sillón y fue hasta la cocina, sirvió un vaso con agua para Claudia y luego tomó de adentro de una gaveta un par pastillas. Por la cabeza se le pasó la idea de apachurrarle cien pastillas de más para ver que le pasaba, pero rápidamente abandonó la idea. ¡Pin ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ─ ¡Ya voy! ¡Maldita sea, ya voy! ─gritó.

Una vez estuvo ante la puerta, suspiró, tomó aire y empujó. Al fondo de la habitación estaba Claudia recostada sobre la cabecera de la cama. Al verlo, tocó nuevamente el timbre. ¡Pin!¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! Había furia en su mirada. ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! Volvió a tocar. Entonces Samuel arrojó el vaso con agua al suelo y este se partió, desprendiendo los cristales al aire. «*La odio. La odio. La odio como a más nadie en el mundo*». Pensó. «*Esta maldita mujer me ha arruinado la vida*». ¡Pin!¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! Tocó ella otra vez el timbre, mirándole. Samuel fue hasta la cama y de un tirón le arrancó de las manos la campanilla. Luego acercó su rostro contra

el suyo y le quedo viendo directamente a los ojos. Su aliento era una mezcla de fármacos con alcohol etílico; y el suyo, a café granulado. ─Te odio. Eres lo peor que me ha pasado en la vida. ─Dijo Samuel, después de un beso a sus labios─. Al escucharlo, Claudia se sacudió con tanta violencia que, por un momento, un segundo, un parpadeo, mientras la veía tambalearse sobre el colchón de la cama; recordó lo violentos que solían ser sus orgasmos y sonrió, complacido. Claudia gimoteó y le lanzó varios zarpazos a la cara, todos fútiles como exiguos ya que no podía siquiera coordinar sus brazos. Su rostro macilento y arrugado le hacía muecas histriónicas de ira y de dolor, pero Samuel, impávido por el cansancio de su triste vida, simplemente se levantó, le arrojó la campanilla y se detuvo en el umbral de la puerta y escupió al suelo antes de salir de abandonar la habitación.

En la cocina se mojó la cara bajo el chorro del fregadero. Al fondo del pasillo aún retumbaba la campanilla. ─A la mierda con eso. No pienso regresar ahí, al menos no hoy ─se secó la cara con una toalla y volvió a meterla bajo el chorro. ─¿Qué fue eso? ¿Por qué le dije eso? ¿Qué es aquello a lo que he olvidado en esta casa repleta de recuerdos? ─se preguntó, mientras el chorro le caía en la frente, escurriéndose por el rostro y la barbilla hasta humedecerle el pecho. Luego fue hasta las estanterías que estaban bajo el televisor y buscó algo de esa música que solía disfrutar cuando era más joven. Adentro encontró un álbum de los Rolling Stones; Sticky Fingers: su portada era la cintura de un hombre que vestía un jean muy apretado que sombreaba el bulto de su miembro viril. Su contraportada, las nalgas. Brown sugar, Sway, Bitch, Dead flowers, entre otros temas rezaban en la portada del disco. Sacó de la funda el vinilo y lo colocó sobre el tocadiscos a volumen medio. ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! ¡Pin! tintineó la campanilla al fondo del pasillo y Samuel alzó el volumen.

Con el mismo sentimiento de un mañana inexistente que regala el alcohol, pero sin haber bebido un solo trago, Samuel Bailó al ritmo de la guitarra de Mick Taylor que retumbaba por toda la casa y que hacia ronronear el vidrio de las ventanas y tiraba al suelo las cajas de VHS que colgaban en la pared debido al estruendo. Al fondo del pasillo la campanilla tintineaba con frenetismo, pero ahora parecía escucharla más como una pandereta que acompañaba los acordes de la canción que como la campanilla de un enfermo. El vocalista Mick Jagger lo acompañaba, moviendo las caderas, por toda el salón

y la cocina. Ambos se miraban, gritaban, reían y volvían a bailar y a cantar. Se sentía libre, tan libre que encendió un porro que había estado guardando desde hacía años junto a las cajas de tetrabenazina que le recordaban constantemente no drogarse, no ser irresponsable y poner siempre a su mujer por delante. ─¡Estoy en la luna! ─gritó─ ¡Estoy en la luna y doy vueltas como un trompo, junto a Mick, junto al mismísimo Mick Jagger!

Cuando el vinilo terminó de tocar el lado B, se acercó al tocadiscos para darle la vuelta y escuchar el otro lado. Al fondo del pasillo escuchó un golpe, algo cayó contra el suelo de madera. ─Que arroje lo que se le dé la puta gana. Por un día que yo pueda descansar de ella, no se va a morir ─. Del estéreo escapó otro riff de guitarra y Mick Jagger gritó: ¡Gold coast slave ship bound for cotton fields! Samuel también gritó y repitió la misma canción por lo menos unas diez veces.

Al rato se sentó sobre el sillón y dejó correr las canciones. Se encontraba tan feliz como drogado cuando las cuerdas de una guitarra acústica le llevaron al preciso recuerdo del señor Luis, de pie en el umbral de la sala de espera del hospital, con su andar jocoso, y su chaqueta y la camiseta de los Rolling Stones con el nombre de la canción Wild Horses que, cantada por Mick Jagger; escapaba del estéreo:

La vida de la niñez es fácil de hacer.

Las cosas que compré, las compré para ti.

Señorita sin gracia, tu sabes quién soy, tu sabes que no puedo dejarte resbalar entre mis manos.

Caballos salvajes, no podrán hacer que me vaya, caballos salvajes, salvajes no podrán hacerme ir.

Te miré sufrir un pesado dolor. Ahora decidiste mostrarme lo mismo. Ninguna arrebatadora salida o etapa podrán hacerme sentir amargado o tratarte cruelmente.

Caballos salvajes, no podrán hacer que me vaya, caballos salvajes, salvajes no podrán hacerme ir.

Sé que te he soñado un pecado y una mentira. Tengo mi libertad, pero no tengo mucho tiempo. La fe se ha roto, lagrimas tienen que ser lloradas. Entonces vamos a vivir un poco

después de morir.

Caballos salvajes, los montaremos algún día. Caballos salvajes, no podrán hacer que me vaya. Caballos salvajes, los montaremos algún día.

Una vez que terminó la canción, Samuel guardó silencio y caviló. A diferencia del excentricismo que produce el alcohol en algunos, la marihuana resulta introspectiva en otros. Dicha introspección, algunas veces, puede ser tan fútil que la persona drogada se pierde entre ese flujo de ideas y soliloquios filosóficos que no conllevan a ninguna parte; pero que se magnifican en lo que a importancia momentánea se refiere. Otras veces, evocan recuerdos y conexiones que se habían olvidado, como esa canción que, con su letra, lo despertó de esa indiferencia en la que llevaba años sumergido y que evocó en unas palabras que sabía perfectamente no sentía. ─¿Por qué le dije eso? Yo no la odio. Jamás la he odiado ni mucho menos considero que sea lo peor que me ha pasado en la vida. He dado gustosamente mi vida por el bienestar de esta mujer… ¿Entonces por qué lo he olvidado? ¿Por qué en los malos momentos olvidamos lo que queremos recordar y recordamos lo que queremos olvidar? Esa es mi mujer. Mi mujer. MI MUJER.

De un respingo se levantó del sillón y corrió por el pasillo. Mientras corría, las lágrimas salían desprendidas de sus mejillas como gotitas de roció que se estrellaban contra su pecho que, a su vez, retumbaba con más violencia que el crepitar de los relámpagos que con su constante parpadeo, fotografiaban el pasillo. Ante la puerta de la habitación, soltó un quejido y empujo; después, gritó:

La cabeza de Claudia colgaba de esa cuerda ensortijada al barrote de la cama que ambos, cuando aún podían tener sexo, usaban para jugar. Claudia solo tuvo que meter su cabeza en la cuerda y arrojarse al suelo para poder asfixiarse. Su garganta estaba hinchada y casi tan roja como las venas diminutas que se ramificaron en sus ojos sin vida. Samuel cayó de rodillas en el umbral y entendió que aquello que había producido ese golpe sobre la madera cuando cambiaba el lado del vinilo había sido el cuerpo de su mujer. ─ ¿Ya no la veré bailar más? ¿Ya no la veré bailar más? ─ Se preguntó, con la vista clavada en el cadáver, al otro lado de la habitación ─. Entonces se acercó, le quitó la cuerda del cuello, limpió la saliva de su boca y la abrazo; después, con ambas manos, apretó su cuello. ─YO SOY EL QUE LA HA MATADO! ─gritó─ ¡YO SOY EL QUE LA HA MATADO! ¡NO

DEBÍ SER CRUEL! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡YO! ¡YO! ¡YO! ¡YO! ¡CULPABLE! ¡CULPABLE! ¡CULPABLE! ¡CULPABLE! ─. Mientras más apretaba el cuello su mente se tornó en un caos de recuerdos: se vio penetrándola, se vio cortejándola en el tramo del malecón, se vio besándola bajo un cielo estrellado, se vio tomándole la mano temblorosa por primera vez, se vio junto a ella con la cara embarrotada de salsa, se vio bailando en el carnaval junto al señor Luis y así, un millar de recuerdos más.

Y… y… y… entonces como ve, señor Luis, nunca tuve la oportunidad de contarle a mi mujer sobre esa pesadilla recurrente. Mejor dicho, jamás tuve la valentía de hacerlo.

La habitación del hospital en la que se encontraba estaba tan límpida que sus paredes blancas y el piso, también blanco, refulgían como espejos. Samuel se hallaba sentado sobre una silla frente a la camilla en la que descansaba un hombre jorobado, macilento y con su vista perdida en el techo; también blanco. Los repentinos espasmos de su cuerpo eran la prueba de que aún se hallaba con vida, a pesar de que parecía no escuchar ni entender nada de lo que se le decía. Estaba muerto en vida. Una enfermera entró a la habitación y dejó junto a la camilla un par de vasos con agua. Samuel la vio partir con su vista clavada en las caderas que al contonearse dibujaban la silueta de sus nalgas tras la cofia blanca.

─Tenía usted razón ─dijo Samuel─. Es una paradoja. Sin ser directamente culpable, sigo siendo culpable. ¿Qué habría pasado si jamás le hubiese dicho lo que le dije, y, además, no hubiese sido tan indiferente como lo fui en sus últimos años de vida? A veces me digo a mi mismo que se mató, también pensando en lo miserable que resultaba nuestro matrimonio. No lo sé, jamás lo sabré y debo vivir con ese peso, así como usted vivió con el suyo, señor Luis. Pero no se preocupe, nos haremos compañía, al fin tendrá usted un acompañante. Sin embargo, creo …. Creo que de ahora en adelante no sabré lo que es la paz… esa que ya tenía y no lo sabía, pues, cargo ahora el peso de la culpa en mis espaldas.

FIN